Presentación

LA AYUDA EXTERNA ESTADOUNIDENSE: DESDE KENNEDY HASTA REAGAN

Tom Barry y Deb Preusch son los autores del artículo "The Soft War: the Uses and Abuses of U.S. Economic Aid en Central America" (La Guerra Suave: Los Usos y Abusos de la Ayuda Estadounidense en Centro América), que el CEDOH publica para sus lectores como un interesante material de consulta.

El tema concierne de manera directa a Honduras, uno de los receptores per cápita más altos de la asistencia de los Estados Unidos en el mundo y al mismo tiempo un laboratorio en el cual, por una complicada alquimia, cada dólar invertido en materia económica ha cosechado sólo dividendos políticos y militares.

Las huellas de la AID en Honduras se encuentran frescas desde las décadas 60 y 70, pero fue a partir del triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua que multiplicó su asistencia e influencia como brazo civil del proyecto político y militar alentado por Washington.

En apenas los últimos seis años, la AID se ha hecho vital para el estado hondureño y hoy se puede decir que a fuerza de los dólares que aporta tiene rasgos divinos puesto que es omnipresente, omnipotente y omnisciente. Casi no hay un sector de la sociedad hondureña donde, directa o indirectamente, no esté presente la AID. Sus divisas financian desde un proyecto para minusválidos hasta la creación de la Bolsa de Valores.

La extraordinaria variedad de los programas que apoya ha dado a la Embajada de los Estados Unidos un poder superior al que tenía en años previos a los 80. Sin embargo, pese a disponer de todo tipo de facilidades, la AID ha fracasado en sus proyectos económicos y sociales en Honduras.

El país cada día está peor que antes y más dependiente. Pero lo que en apariencia es un fracaso, para la AID quizá sea su principal éxito: supeditar Honduras a los intereses de Washington.

El trabajo de Barry y Preusch apunta en esa dirección mostrando cómo no hay diferencia real entre el dólar para fines económicos y el dólar para fines militares en el marco de la Guerra de Baja Intensidad que se libra actualmente.

Por eso, el CEDOH ha creído conveniente y necesario publicar la versión en español de este trabajo. Confiamos en que despertará el interés de nuestros lectores.



Centro de Documentación de Honduras (CEDOH)

La ayuda externa estadounidense: Desde Kennedy hasta Reagan

En la mayor parte de los países centroamericanos, las oficinas o misiones de la Agencia para el Desarollo Internacional (AID) de los Estados Unidos están localizadas a pocas cuadras de la embajada estadounidense. Por lo general, estas oficinas no aparentan ser fortalezas como las embajadas, ni tampoco flamean banderas o símbolos patrios estadounidenses. Sin embargo, al igual que las embajadas, la Agencia desempeña un papel importante en la política y economía de los países centroamericanos. La presente edición del Boletín examina el impacto de la aparentemente benigna agencia gubernamental estadounidense. Este artículo ha sido extraído de The Soft War: The Uses and Abuses of U.S. Economic Aid in Central America (La Guerra Suave: Los usos y abusos de la ayuda estadounidense en Centroamérica), escrito por Tom Barry y Debra Preusch, codirectores del Resource Center, y publicado por Grove Press en febrero de 1988.

A partir de 1980, las misiones de la AID en Centroamérica han duplicado y hasta triplicado su personal, convirtiéndose en lo que podría llamarse un gobierno detrás del telón en algunos países. Las oficinas de la AID muchas veces se prestan como centros de reunión para planear la política económica, la manipulación de gobiernos y el trazado de campañas de pacificación. A través de las puertas fuertemente resguardadas de sus oficinas, pasan agrónomos, asesores policiales, economistas, asesores de desarrollo, agentes de inteligencia y toda una gama de consultores. Este incremento de 7 veces el tamaño original de la ayuda llegada desde 1980, es conocido por muchos centroamericanos como la "lluvia de dólares."

El emblema tricolor azul rojiblanco está apareciendo en todos los rincones del istmo; hasta en las selvas de la Mosquitia, en Honduras, donde la AID ha construido un puente para facilitar los problemas de transporte de los contrarevolucionarios (contras) que tienen bases militares en ese país. El emblema está presente en los paquetes de víveres que se distribuyen en las áreas militarizadas del altiplano guatemalteco. Aparece también en los vehículos que usan los agrónomos y planificadores, y en las paredes de centros comunitarios construidos con fondos de la AID, en las áreas pacificadas de El Salvador.

La Agencia ha estado muy ocupada en Centroamérica, desde 1961, cuando la administración de Kennedy la creó con el propósito de administrar el programa de ayuda económica y de alimentos estadounidenses. En años

recientes un monto sin precedentes de dólares en ayuda económica ha sido invertido en la Región. Los seis pequeños países que actualmente reciben ayuda (Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Panamá) perciben más del 20 por ciento del total de ayuda que la AID distribuye alrededor del mundo. Esta alta concentración geográfica no se explica tanto por la pobreza de la Región, cuya situación es comparativamente mejor que la de muchos países africanos, como lo es por su importancia geopolítica para Washington.

Desde hace tiempo, las justificaciones de este tipo de ayuda han proliferado. Se lo ha presentado como una expresión de caridad cristiana, un estímulo para el comercio y la inversión, una arma contra la Guerra Fría, una forma de conservar amigos y amedrentar enemigos, una salida para los excedentes agrícolas y un elemento de la defensa estadounidense. El Acta de Ayuda Internacional de 1973 define los objetivos del programa de ayuda económica como "el estímulo y constante apoyo a la gente de países en desarrollo en sus esfuerzos por adquirir el conocimiento y recursos indispensables para el desarrollo y la construcción de instituciones político-sociales con miras a mejorar sus condiciones de vida."

Una descripción más acertada de los verdaderos objetivos de la ayuda económica estadounidense fue hecha por el entonces Presidente John Kennedy en 1961, cuando afirmó que, "la ayuda extranjera es una forma a través de la cual los Estados Unidos mantienen su posición de control e influencia alrededor del mundo, manteniendo, al mismo tiempo, a muchos países que, de otra manera, fracasarían o pasarían a formar parte del bloque comunista."

Año tras año, el Congreso aprueba aumentos en el monto de los programas de ayuda exterior, con la idea de que ésto, de una u otra manera, promueva los intereses nacionales. La ayuda económica es vista como un instrumento de política exterior que fue creado para extender y proteger los intereses políticos y económicos del país.

La AID se autodescribe como una "herramienta para la política exterior estadounidense" y como la "rama económica del Departamento de Estado." Las prioridades geográficas de la AID no son determinadas en base a la urgencia y severidad de las necesidades de ayuda de un país determinado. Al contrario, éstas son determinadas de acuerdo a los mandatos del Departamento de Estado y su

ESPECIAL /CEDOH No. 3

definición de lo que son los "intereses nacionales" de los Estados Unidos. El problema no es que la ayuda económica sea para beneficio propio, algo que hasta podría esperarse, sino que la definición de "intereses nacionales" es demasiado restringida y miope. Una definición más amplia de este concepto no necesariamente tendría que implicar algo contrario a los intereses de los centroamericanos.

Orígenes de la ayuda exterior estadounidense

La política estadounidense de ayuda económica tiene sus inicios a fines de la Segunda Guerra Mundial. Al haber sobrevivido el conflicto sin mayores pérdidas, los Estados Unidos estuvieron en capacidad de ofrecer su asistencia en la reconstrucción de la malograda Europa Occidental, a través del Plan Marshall. Al mismo tiempo que las naciones europeas comenzaban a recibir ayuda económica, los gobiernos latinoamericanos también comenzaron a solicitarla.

El más insigne promotor de ayuda económica para Latinoamérica fue Nelson Rockefeller. Durante la Segunda Guerra Mundial y a fines de la década de los 40, Rockefeller fue el coordinador de Asuntos Interamericanos y presidente de la Junta Consultora del Desarrollo Internacional del Presidente Truman. La familia Rockefeller ha tenido, desde entonces, cuantiosas inversiones en Latinoamérica y Nelson Rockefeller parecería no poder estar interesado en ninguna asistencia para el desarrollo. Sin embargo, su familia ha sostenido que cualquier ayuda aumentaría los vínculos entre América Latina y los Estados Unidos, promoviendo así el crecimiento económico e impidiendo revoluciones nacionalistas.

Modestas sumas fueron entregadas en forma de asistencia técnica, en su mayor parte. Sin embargo, un progama más ambicioso, perseguido por Rockefeller y algunos políticos latinoamericanos, fue rechazado por los gobiernos de Truman y Eisenhower, quienes creían que no existía una amenaza a los intereses estadounidenses en la Región. Fuera de Europa, la mayor parte de la ayuda estadounidense fue enviada a países como Turquía y Grecia, limítrofes con la Unión Soviética. La preocupación de Washington con respeto a América Latina aumentó, sin embargo, a medida que la Guerra Fría comenzaba a proyectar su sombra sobre el hemisferio.

Fue precisamente Guatemala que, por primera vez, hizo sentir a Washington que su hegemonía hemisférica estaba decayendo. El gobierno de Jacobo Arbenz, progresista y popularmente elegido, adoptó un programa nacionalista que fue considerado por muchos como un reto a los intereses políticos y económicos de los Estados Unidos. En 1954, un golpe de estado, planeado y ejecutado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), implantó un

gobierno más compatible con los intereses de la seguridad de los Estados Unidos y con la libre influencia de compañías estadounidenses, como la United Fruit. Luego del golpe, el gobierno de Eisenhower derramó una gran cantidad de ayuda económica sobre Guatemala, prometiendo tornar al país en un "ejemplar del desarrollo capitalista."

Cinco años más tarde, la revolución cubana de 1959 sacudió los cimientos de la política exterior de Washington. De los escombros de políticas pasadas, surgió una nueva política para con Latinoamérica, la misma que consideraba la insurgencia interna, en vez de la agresión externa, como el más terrible reto a los intereses estadounidenses en la Región. El Departamento de Estado se habría alarmado al ver que la predicción de Ché Guevara de "una, dos, tres, muchas revoluciones" estaba a punto de probarse así misma en Latinoamérica. Las naciones centroamericanas, estando entre las más pobres y reprimidas en el hemisferio, fueron consideradas las que, con más probabilidad, serían presa fácil de revoluciones izquierdistas.

La promesa de la Alianza

La revolución cubana presentaba una alternativa para el desarrollo político y económico de los latinoamericanos, quienes veían sus horizontes bloqueados por una oligarquía represiva y recalcitrante. Para quienes se molestaban en observar las condiciones, era muy claro que algunos cambios significativos eran necesarios si es que las naciones latinoamericas habían de modernizarse y lograr sistemas políticos y económicos con una base más amplia. La revolución violenta y la lucha de clases, siguiendo el modelo cubano, estaba comenzando a ser considerada como la única forma de llevar a cabo estos cambios.

Después de pasado el susto inicial, Washington respondió al nuevo estado de cosas con su propio plan para el futuro de la Región. La Alianza para el Progreso anunciada por el entonces Presidente Kennedy, en 1961, fue un intento de dirigir y controlar el progreso político y económico en Latinoamérica, al mismo tiempo que se prevenía una revolución clasista violenta.

Como una alternativa a la revolución, Kennedy ofrecía reformas moderadas y la promesa de un progreso capitalista. Él afirmaba que la Alianza sería un esfuerzo conjunto, por el cual todas las naciones americanas movilizarían sus recursos, enlistarían la energía y poder de sus gentes, y modificarían sus patrones sociales, para que todos, y no sólo los privilegiados, compartan los frutos del progreso.

Kennedy propuso, para la Alianza, un programa dividido en diez partes; el mismo que incluía medidas tales como, entrenamiento y asistencia técnica, acuerdos comerciales, ayuda para la integración económica, y acuerdos para la defensa colectiva. Kennedy había predicho que "para 1970, la necesidad de ayuda desaparecería" y que cada nación americana sería "la arquitecta de su propia revolución y progreso." Bajo la guía de la Alianza, una revolución se daría en Latinoamérica; pero ésta sería una revolución pacífica, promovida no por armas, sino por la ayuda exterior.

Kennedy había recomendado a la élite de la Región que "dirigiera, ella misma, la lucha para alcanzar esas reformas fundamentales que, por sí mismas, podían preservar la esencia de sus sociedades." Él invitó a los oligarcas a "desempeñar su función," advirtiendo que "aquellos quienes hacen imposible una revolución pacífica, harían inevitable una revolución violenta." Aunque esta advertencia se ha convertido en una profecía en Centroamérica, la abogacía de Kennedy a favor de la revolución pacífica fue el resultado de su idealismo liberal más que de su conocimiento de la dinámica social del tercer mundo. Habría sido lo mismo que pedir a la Ford o a la U.S. Steel de los años

20 que abrieran sus puertas a los sindicatos obreros, para evitar un amargo conflicto de clases.

Los oligarcas de Centroamérica no iban a hacer nada para deshacerse de sus tierras, pagar más impuestos, o permitir que los líderes populares tuvieran voz, solamente porque los Estados Unidos así se los pidieran. Ellos además no tuvieron la suficiente visión para darse cuenta de que pequeñas concesiones, hechas a tiempo, podrían haber asegurado su dominación clasista a largo plazo.

Luego del primer diluvio de promesas hechas a los pobres de Latinoamérica, Washington adoptó lo que fue considerado como un camino más pragmático hacia el desarrollo. Funcionarios de la AID como Teodoro Moscoso, quien fuera el coordinador de la Alianza, se apresuró a ganarse la confianza de los usuarios del poder en Centroamérica. "Los miembros de la clase gobernante tradicional no tendrán nada que temer al apoyar la Alianza," dijo Moscoso. Más que reforma agraria, Moscoso admitió que

La alianza con las fuerzas de seguridad

A la vez que la promesa de reformas económicas fueron puestas de lado, debido a la presión proveniente de los intereses comerciales locales e internacionales, la promesa de Kennedy expresada como "progreso sí, tiranía no" también fue abandonada. A la hora de la verdad, Washington encontró más fácil y seguro el aliarse con los regímenes militares, que el auspiciar la causa de las reformas políticas.

En vez de apoyar los esfuerzos tendientes a disminuir el poder de los militares y la policía, el gobierno estadounidense reforzó las fuerzas de seguridad de la Región. El razonamiento usado para respaldar esta decisión fue que la economía puede desarrollarse; la inversión, crecer; y la democracia, florecer, solamente en un ambiente de estabilidad política. Ejércitos y policías entrenados y financiados por los Estados Unidos podían ofrecer dicha estabilidad. "Para que la Alianza para el Progreso sea exitosa, los gobiernos tienen que tener la fuerza efectiva que se requiere para enfrentar a la subversión, prevenir el terrorismo y lidiar con la violencia," había afirmado el entonces Secretario de Defensa Robert McNamara.

En 1969, a finales de la primera década de la Alianza para el Progreso, Nelson Rockefeller, luego de regresar de su gira por Latinoamérica como enviado del entonces Presidente Nixon, recomendó aún mayor apoyo para las fuerzas de seguridad. Los Estados Unidos deben "reconocer mejor el hecho de que muchos de los nuevos líderes militares... están buscando la forma de brindar educación y un más alto nivel de vida para su gente, evitando anarquía y revoluciones violentas." Una política

estadounidense que provea entrenamiento y equipo para la policía y el ejército "traerá las mayores expectativas a largo plazo, para el mejoramiento de la calidad de vida del pueblo." En Latinoamérica los militares son "la fuerza esencial para el cambio social constructivo." Éstas fueron las conclusiones a las que llegó Rockefeller.

No fue la supuesta preocupación por el progreso socioeconómico que unía a las fuerzas de seguridad con Washington, sino más bien su poder político, disciplina y confiabilidad, como lo declara el Presidente Kennedy: "Gobiernos de tipo civil-militar como el de El Salvador son los más efectivos para contener la penetración comunista." En efecto, Washington estimuló a los militares y policías de la Región para que se involucraran en los asuntos políticos y económicos de sus países. Cursos de entrenamiento presentaban a los militares y policías los conceptos de construcción de la nación y acción cívica, mientras que advocaban la creación de divisiones de asuntos civiles y su mayor participación en el gobierno. No es de sorprenderse, entonces, que el poder de las fuerzas de seguridad se incrementara, en lugar de disminuir, durante las décadas de los 60 y 70.

En la mayoría de los países, los reformistas moderados, y no los guerrilleros izquierdistas, fueron las víctimas principales de las flamantemente equipadas y finamente entrenadas fuerzas de seguridad. Líderes sindicales, políticos progresistas y cooperativas campesinas, la gente misma que estaba tratando de ejecutar la política reformista, fueron arrestados o secuestrados. Desde 1960 hasta 1979, un total de once golpes militares se dieron en El Salvador, Guatemala, Honduras y Panamá.

ESPECIAL/CEDOH No.5

"prefería hablar en término de modernización de la agricultura."

Esto muy pronto se convirtió en el tema principal de la Alianza y la AID. Las misiones de esta última en Centro-américa estaban más interesadas en modernizar las agencias de planificación nacionales, que en ayudar a estas naciones a ejecutar planes nacionales de desarrollo. Dichas misiones ayudaron a incrementar el uso de fertilizantes y pesticidas, más que a ejecutar la redistribución de tierras ociosas a campesinos sin propiedad. En el campo de la agricultura el énfasis pasó de la redistribución de la tierra a fijarse en la expansión de la producción.

Los oligarcas centroamericanos no fueron los únicos en sentirse amenazados por el llamado del Presidente Kennedy a perseguir una revolución pacífica; las corporaciones norteamericanas también se sintieron de esta manera, y optaron por oponerse a cualquier propuesta de reforma agraria o de leyes progresistas de impuesto a la renta. Las corporaciones como el Grupo Comercial para Latinoamérica, de David Rockefeller, exigieron que los fondos de la Alianza fueran usados en proyectos que mejoraran el clima para la inversión en Centroamérica. Los grupos de poder de las corporaciones se aseguraron de que la estructura del mercado común centroamericano, el mismo que había sido diseñado con el asesoramiento de los Estados Unidos, reflejara sus intereses. Como resultado de la presión de las corporaciones, la ayuda económica para Centroamérica llegó con ciertas condiciones que la ligaban a la comunidad mercantil de los Estados Unidos. Toda nación recipiente tenía la obligación de invertir la mayor parte de la ayuda en artículos producidos en los Estados Unidos, obligación que se mantiene hasta nuestros días.

Muchos de los programas económicos establecidos en los años 60 resultaron ser contrarios a las necesidades de desarrollo de la Región. La AID estimuló el incremento de la exportación de productos agrícolas no procesados, a la vez que promovió el crecimiento de las inversiones estadounidenses, aunque estas actividades resultaran muchas veces contraproducentes para las pequeñas compañías locales. Los acuerdos de ayuda económica entre la AID y los gobiernos receptores contenían cláusulas que prohibían a estos gobiernos el imponer restricciones en contra de las inversiones extranjeras, remisión de ganancias, e importaciones.

Modelos de ayuda para el desarrollo

Uno tiene solamente que observar a los países que la AID consideraba como modelos de desarrollo, para entender el concepto que esta agencia tiene sobre desarrollo. En los años 60, los países latinoamericanos que obtuvieron los más altos puntajes de parte de la Agencia fueron Nicaragua y

El Salvador, naciones éstas notables por sus regímenes represivos y dictatoriales, donde el sentimiento antiimperialista es actualmente muy marcado. Durante los años de la Alianza para el Progreso, la AID nunca favoreció a los países que seguían una ruta reformista, sino que lo hizo con países donde la autoridad estaba concentrada y los gobiernos eran fáciles de lidiar. Costa Rica era particularmente frustrante para los funcionarios de la AID, quienes creían que el avance económico estaba siendo frenado por el excesivo gasto estatal en servicios sociales.

La relación cercana entre gobiernos de Estados Unidos y El Salvador fue notoria a raiz del golpe de estado de 1961. Los militares, al igual que la oligarquía fácilmente interpretaron los cometidos de la Alianza para el Progreso como un reflejo de sus principios y objetivos. Como lo anotara un estudio sobre los programas de la Alianza en Centroamérica, refiriéndose a El Salvador: "En ninguna parte de Latinoamérica un régimen ha apoyado tanto a la Alianza para el Progreso." El entonces Presidente Johnson calificó a la nación bajo control militar como un "modelo para otros países participantes."

Nicaragua también recibió su parte en alabanzas por parte del gobierno de los Estados Unidos, por su cooperación con las agencias de desarrollo económico. En 1965 la AID informó que la Nicaragua de Somoza estaba "mostrando importantes progresos en su desarrollo social y económico," evaluación ésta que se mantuvo hasta que el régimen somocista comenzó a derrumbarse en 1978.

Promesas no cumplidas y falsedades

Más que una rebelión o revolución fue apaciguada en Centroamérica durante un período de dos décadas después de la revolución cubana. Sin embargo, el temblor del cambio comenzaba a sentirse con más intensidad a fines de la década de los 70, cuando el pueblo nicaragüense derrocó a la dictadura de Somoza, al mismo tiempo que un movimiento revolucionario desafiaba a los regímenes militares de El Salvador y Guatemala. El fragor político provocó una segunda oleada de asistencia económica y militar para la Región.

Más, cuáles fueron los resultados de los programas previos de ayuda económica? Acaso que estos mejoraron las condiciones de la Región, promoviendo el desarrollo económico y canalizando los cambios sociales a lo largo de trayectorias pacíficas en lugar de violentas?

Mientras que la ayuda económica que estaba siendo vertida en Centroamérica después de 1979 era enorme, la ayuda que había sido enviada a la Región durante los 25 años anteriores había sido también considerable para una región tan pequeña. Desde 1954, año en que se dió el golpe de estado en Guatemala, hasta 1979, Washington había

No.6 ESPECIAL/CEDOH

enviado cerca de 2 mil milliones de dólares en ayuda no militar, además del apoyo brindado por las instituciones financieras respaldadas por los Estados Unidos, quienes habían contribuido con otros 4 mil millones.

El sector agrícola, que había sido el centro de la atención de la AID, se convirtió en un ejemplo de las prioridades equivocadas de la Agencia. En lugar de contribuir a que los países centroamericanos aumentaran su producción de alimentos para el mercado local, y así asegurar su "seguridad alimenticia," la AID y otras instituciones financieras estimularon la producción de algodón, azúcar y carne para la exportación, a la vez que financiaron obras de infraestructuras necesarias para la agroindustria exportadora. Este énfasis dado a la agroindustria exportadora benefició primeramente a los grandes terratenientes, y no a los campesinos que cultivaban frijol y maiz en pequeños lotes de terreno.

La ayuda externa sí tuvo algunos efectos positivos. Durante las décadas de los 60 y 70, el analfabetismo disminuyó, así como lo hizo la mortalidad infantil. El acceso a los servicios de salud mejoró, el ingreso percápita se duplicó, y la economía regional creció un 5 por ciento cada año. A fines de los 70, Centroamérica ya disfrutaba de una red moderna de carreteras, una capacidad electrogeneradora considerable, y un nuevo sector industrial. El crédito cada vez mayor, ofrecido desde el exterior, modernizó la agricultura provocando un desmedido crecimiento en el uso de pesticidas y maquinaria agrícola. La AID costeó los gastos de miles de burócratas, políticos y técnicos para que se educaran en los Estados Unidos; y la ayuda económica creó una gran variedad de agencias gubernamentales locales y regionales que aun ahora mantienen a burocracias nacionales.

Aunque se podía observar la evidencia del crecimiento económico, la Región se vió enfrentada a dos de los obstáculos característicos de este crecimiento: deficit en la balanza de pagos y una cada vez mayor deuda externa. El deficit de la balanza de pagos se triplicó, mientras que la deuda creció 33 veces su tamaño original, entre 1960 y 1979. Aunque no han sido las únicas responsables, las instituciones de ayuda exterior han tenido la culpa mayoritaria por la condición inestable de la economía, puesto que éstas han fomentado el incremento de las importaciones; incitando al mismo tiempo a que estos países imiten los patrones de consumo del mundo desarrollado. Dichas instituciones habían también estimulado a los países centroamericanos para que adquieran, en préstamo, fondos de desarrollo provenientes de fuentes externas, en lugar de buscar formas de acumulación de capital internas, a través de una mayor imposición fiscal.

Detrás de tan halagadores indicadores económicos, no se encontraban sino sociedades al mismo nivel de subdesarrollo. Durante los años del crecimiento económico, la distribución de la tierra y el ingreso económico se empeoraron, y el número de aquellos que vivían en pobreza calamitosa creció a niveles sin precedentes. El desempleo y el número de personas sin un techo adecuado también aumentaron dramáticamente. La ayuda exterior desató un gran crecimiento económico, pero no trajo consigo las reformas prometidas. Como resultado, los beneficios no estuvieron ampliamente repartidos, sino que como antes, fueron a parar en manos de la clase privilegiada. Las nuevas carreteras, centrales hidro-eléctricas y hoteles de lujo fueron la evidencia del desarrollo económico de la Región; sin embargo, la pobreza cada vez más grande y el hambre de la mayor parte de centroamericanos fue testimonio de algo completamente diferente al desarrollo.

La otra cara de la intervención estadounidense

La marcha triunfante de los sandinistas en Managua, el 19 de julio de 1979, marcó el comienzo de una nueva etapa en los programas de ayuda económica norteamericanos para Centroamérica. Nunca antes la hegemonía de los Estados Unidos en la Región había sido tan seriamente amenazada. Poco después de la victoria de las fuerzas antisomocistas en Nicaragua, el gobierno de Jimmy Carter, temeroso de "perder" otro país centroamericano, hizo las arreglos para enviar un nuevo paquete de ayuda a El Salvador. Al mismo tiempo, trataba de usar sus dólares para mantener al nuevo gobierno sandinista atado a los Estados Unidos. Tanto demócratas como republicanos están de acuerdo en que los intereses estadounidenses estaban siendo comprometidos en Centroamérica, lo que ha generado un apoyo bipartito a favor de la iniciativa del gobierno de Reagan por un rápido incremento de la ayuda militar y económica para la Región. Antes de 1980, la asistencia económica enviada a Centroamérica se podía contar en millones de dólares por año; actualmente, las cifras son de miles de millones.

El programa de ayuda a Centroamérica de la administración de Reagan, ha imitado a la Alianza para el Progreso. En realidad, han habido muchos elementos en común entre los dos: tal como lo hiciera el plan de Kennedy, la iniciativa de Reagan fue una reacción inmediata a la revolución en Nicaragua y los movimientos guerrilleros en El Salvador y Guatemala. Asimismo, como Kennedy, Reagan prometió que el desarrollo político y económico sería conseguido por medios pacíficos, es decir, sin confrontación violenta entre clases. Como la Alianza, la nueva incidencia de ayuda económica ha venido protegida por un escudo de ayuda militar.

Sin embargo, también existen grandes diferencias entre el programa actual de ayuda económica y aquellos de las décadas anteriores. Nunca antes la estrategia de desarrollo estadounidense había sido tan abiertamente orientada hacia la producción de artículos exportables, (manufac-

ESPECIAL/CEDOH No.7

turados y agrícolas) y de compromiso para con el sector privado, tanto estadounidense como local. Bajo el gobierno de Reagan, la teoría económica del "chorreo" adquirió un nuevo empuje; mientras que la reforma socioeconómica había sido casi totalmente descartada como un medio de conseguir que las clases más bajas tengan acceso a la tierra y a mejores ingresos. La AID promueve actualmente las "reformas" que, a su vez, crean incentivos para el comercio y la inversión por parte de los dueños de negocios.

La mayor diferencia, sin embargo, es la forma en que los programas actuales de ayuda están más íntimamente relacionados con los objetivos contrarevolucionarios. Aunque la Alianza estaba concebida dentro de un marco de contrainsurgencia, sus programas eran de naturaleza preventiva más que de estrategia. Hubieron algunas excepciones, por supuesto, como es el caso de ciertos programas de la AID en los años 60, que complementaron esfuerzos militares tendientes a diezmar un movimiento guerrillero en Guatemala; así como también en el caso del apoyo que la AID dio a las campañas de contrainsurgencia de Somoza para combatir a los sandinistas durante la década de los 70. Sin embargo, en su mayoría, los programas de la AID durante esos años fueron de carácter menos político.

De manera contrastante, los programas de ayuda de hoy en día han sido, en su gran mayoría, eminentemente políticos. Las actividades de la AID en los años 80 han reflejado los tres objetivos más importantes de la política exterior de los Estados Unidos para con la Región: 1) la desestabilización de Nicaragua y el apoyo a las fuerzas contrarevolucionarias de ese país; 2) la derrota de las fuerzas revolucionarias en El Salvador y Guatemala, a través de campañas de contrainsurgencia; y, 3) el reestablecimiento de la hegemonía política y económica total de los Estados Unidos en la Región. La ayuda militar ha desempeñado el papel primordial en esta política exterior, haciendo de la ayuda económica el segundo frente en la batalla por el control de Centroamérica. En 1987, la asistencia económica alcanzó el 80 por ciento del total de ayuda enviada a esa Región.

Este segundo frente es el lado suave de la intervención, el mismo que implica una amplia gama de tácticas y elementos no militares para alcanzar sus objetivos. La AID es el maestro mayor de este frente en Centroamérica, aunque los materiales y mucho de la mano de obra necesaria también viene del Pentágono, las corporaciones y otras organizaciones privadas.

La consecuencia inevitable

El torrente de asistencia estadounidense a Centroamérica desde 1980 ha estado siempre acompañado de un flujo de promesas. El Presidente Reagan se comprometió a hacer que dicha asistencia llevara a la Región hacia "el desarrollo auto-sustentado." Por ejemplo, la ayuda económica e incentivos comerciales, ofrecidos por la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, estaban supuestamente encaminados a promover el crecimiento económico a través del incremento en la exportación de productos agrícolas no tradicionales y productos manufacturados livianos. La AID prometió que las economías centroamericanas crecerían a tasas anuales de 4 a 6 por ciento. La Comisión Nacional Bipartita para Centroamérica, conocida también como la Comisión Kissinger, propuso en 1984, un programa abundante de ayuda económica y militar, como una solución a los males socioeconómicos y políticos de la Región. La mayor parte de la ayuda propuesta fue más tarde aprobada por el Congreso.

Aunque de principio, el Congreso y la mayoría de los ciudadanos estadounidenses se oponían al creciente involucramiento militar de Washington en Centroamérica, poca ha sido la preocupación general acerca de la vasta suma de dinero que se ha comprometido en Centroamérica. Tanto demócratas como republicanos continuan abrigando la idea de que la ayuda económica de los Estados Unidos va a atacar las causas profundas de la pobreza y la violencia.

Sin embargo, el historial de los programas de ayuda económica es prueba fehaciente de que ésta es una suposición falsa. Promesas no cumplidas y esperanzas deshechas son la única herencia de estos programas. Como en el pasado, la ayuda estadounidense continúa fomentando la dependencia, subdesarrollo e injusticia política en Centroamérica. Con su ayuda, el gobierno estadounidense está auspiciando estabilidad a corto plazo en lugar del progreso social, y la reacción en vez de la reforma. De la manera como están actualmente estructurados, los programas de asistencia no-militar no pueden ser considerados parte de la solución a la crisis en Centroamérica. Lejos de ser instrumentos de revolución pacífica, estos programas no sólo que contribuyen a hacerla imposible. sino que, por el contrario, hacen inevitable una revolución violenta.

The Soft War: The Uses and Abuses of U.S. Economic Aid in Central America puede ser adquirido en el Resource Center, Box 4506, Albuquerque, NM 87196, EEUU.

UN NUEVO LIBRO

HONDURAS UNIDOS: SUBORDINACION Y CRISIS es un libro que recoge tres valiosos trabajos de análisis sobre distintos aspectos de la realidad nacional. Con abundante documentación y sólidos argumentos, los autores exponen sus puntos de vista sobre temas tan variados como el papel que desempeñan los militares en la sociedad hondureña a la luz de la creciente influencia norteamericana, el movimiento campesino y su lucha por la tierra, la crisis económica de Honduras y la ayuda de los Estados Unidos, etc.

Escritos por dos norteamericanos y un hondureño, los artículos aquí reunidos fueron inicialmente publicados en inglés por la prestigiosa revista norteamericana NACLA Report on the Americas en su número correspondiente a enero - febrero de 1988.

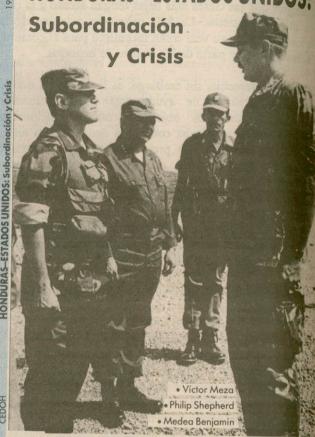
Consciente de su valor analítico y de su importancia como instrumento de interpretación de nuestra realidad nacional, el CENTRO DE DOCUMENTACION DE HONDURAS ha decidido reunirlos en un solo libro y entregarlos en las manos de los numerosos lectores.

CENTRO DE DOCUMENTACION DE HONDURAS

Valor del libro en Honduras Los. 6.00

Valor del libro en el extranjero -US \$ 10,00 (incluye envío postal aéreo)

HONDURAS - ESTADOS UNIDOS:



CENTRO DE DOCUMENTACION DE HONDURAS



Centro de Documentación de Honduras CEDOH. Apartado Postal 1882, Tegucigalpa-HONDURAS Tel. 32-84-86